

## **“Uno con todos”**

### **Su extraordinario estar en el mundo**

Miguel Fernández Membrive

#### **Resumen**

Este artículo es sobre todo un testimonio de aproximadamente veinte años de amistad con Jorge Manzano; los cuales han implicado las suficientes coincidencias profesionales y extra-profesionales como para permitirme conocerlo en aspectos de su manera de estar en el mundo que rebasan su papel de profesor de filosofía.

#### **Palabras clave**

Jorge Manzano, “uno con todos”, Nietzsche, estar en el mundo.

Su muerte me ha dejado la inquietud de descifrar su legado. Y esta idea ha sido también mi principal consuelo. Descifrarlo no sólo en el sentido de reconocer la huella que la vida de Jorge ha grabado ya en mí, sino de discernir la que quisiera que grabara; la que aún no es huella pero pudiera convertirse en tal; la que todavía puedo forjar como herencia de mi maestro y amigo.

Sólo cuando ya se había ido pude darme cuenta de que, desde más o menos veinte años atrás, Jorge Manzano estaba siendo una presencia permanente en mi vida. No es que lo viera todos los días o más de una vez por semana. A veces sí, pero en los últimos tiempos lo normal era vernos una sola vez al mes, en las conferencias que desde hace siete años organizábamos juntos en el Fondo de Cultura Económica (FCE). La mayoría de las ocasiones, cuando yo llegaba al auditorio José Luis Martínez de dicha librería Jorge se encontraba ya en el estrado, a un costado del conferencista en turno, y desde allí me saludaba con algún guiño discreto y amigable. En cada conferencia era usual que asumiera con naturalidad la función de dar la bienvenida al público en nombre de las instituciones

involucradas en el proyecto “Filosofía en el Fondo”, así como que recitara, sin excepción, sus tradicionales y a veces exóticos avisos entre la conferencia recién finalizada y la ronda de preguntas por comenzar. Ésta última también con frecuencia se abría con algún cuestionamiento suyo. Jorge sabía que en ocasiones cuesta que el público venza el temor de formular la primera pregunta, y por eso en tales casos era el primero en hacerlo tras aquella muletilla de “como nunca me ha gustado el peso de estos silencios”... o algo así. Valga decir que Jorge preguntaba indistintamente del tema o autor tratado por el expositor, esto es, fueran o no éstos de su mejor dominio. Eso era lo de menos, con lo suyo y los suyos era capaz de entrarle a todo y de resultar brillante o encantador; y sobre todo, de salvarnos a todos de quién sabe qué cosa después del silencio.

Hasta sus últimos días, Jorge fue cofundador y líder de “Filosofía en el Fondo”, un proyecto interinstitucional heredero de los ciclos de conferencias que él mismo organizó durante algún tiempo en Casa Loyola. Probablemente muchos no lo sabían, pero los ciclos anuales de conferencias en el FCE, junto a los cursos de filosofía y a los talleres o conferencias de diversa índole que nunca dejó de impartir, fueron su actividad académica más regular. Su trabajo como director de la revista Xipe Totek estaba también en continuidad con este proyecto, pues en los últimos años las conferencias de Filosofía en el Fondo, como ya antes había ocurrido con las de Casa Loyola, definían la temática general de los números de la revista y aportaban la mayor parte de los artículos. Éstos, como lo saben muchos articulistas y lectores de Xipe Totek, normalmente se publicaban mucho después de que las conferencias habían tenido lugar; y cuando digo mucho después me refiero hasta años después. Jorge tenía una justificación muy bella para este excesivo retraso, una justificación que nunca supe si la pensó realmente desde el principio o se la inventó *a posteriori* como un genial recurso de adaptación a las circunstancias. Lo que él solía decir es que ese retraso respondía a una intención de homenaje a los diálogos de Platón, muchos de los cuales se supone que no transcurren en un tiempo presente sino rememorando conversaciones acontecidas en algún tiempo atrás. ¿Auténtico plan de obra? ¿Ajuste a la inclemencia de las circunstancias? Lo mismo da, mucho más importante

es que la justificación de Jorge era tan bella como las conversaciones recordadas por Sócrates y sus amigos.

Es curioso que con la publicación de sus libros de algún modo se repita el mismo gesto temporal. Otra vez, o simplemente una concatenación de circunstancias retardó la aparición de los libros de Jorge Manzano, o él tramó siempre y desde el principio el curso y el ritmo de tales circunstancias. Yo prefiero imaginarme a Jorge determinando lo segundo, pero en cualquiera de las dos posibilidades encaja bien el hecho de que dedicara la mayor parte de su tiempo a la intención de preparar materiales para los diversos cursos que impartía. De aquí sus famosos cuadernos de Historia de la Filosofía, en los que combinaba citas de comentaristas e historiadores de la filosofía con resúmenes, síntesis y explicaciones suyas acerca de los autores correspondientes. Lo cierto es que estos “Cuadernos”, fotocopiados y engargolados (en pasta dura, en su versión de lujo), habían sido más que nada preparados en vistas de que resultaran útiles para sus estudiantes, y no de su eventual publicación. Por eso mismo Jorge decía que publicarlos supondría un esfuerzo descomunal, pues implicaría depurarlos en lo que se refiere a la distinción de su propia voz de la de otros (comentaristas, historiadores o autores), y esto último naturalmente exigiría exhaustivas y minuciosas revisiones bibliográficas. No obstante, Jorge sí llegó a publicar uno de los materiales elaborados para sus cursos, *el Miniléxico*, y quizás su libro sobre Nietzsche, debido al curso que impartía sobre dicho autor, podría ser considerado bajo la misma categoría.

Jorge publicó únicamente cinco libros en vida, y todos hacia el final de ésta. Dos de ellos, *El ámbito de lo preternatural* (2011) y *Reencarnación y karma* (2012), en la editorial jesuita Buena Prensa; mientras que los otros tres, *Nietzsche. Detective de bajos Fondos* (2002), *Miniléxico. Términos escolásticos de referencia* (2006) y *Al rasgarse el arcoíris* (2008), fueron publicados en la editorial de la Universidad Iberoamericana; misma en la que hace unos cuantos meses fue a su vez distinguido con el *honoris causa*. Haya o no tramado Jorge desde el principio el plan tardío de sus publicaciones, lo que sí podemos saber es que un amigo en común, el también jesuita Javier Prado Galán (al que Jorge en sus últimos días se refería como su “ilustre padrino”), en mucho contribuyó a que Jorge

Manzano se convirtiera en autor de libros de filosofía sin por ello dejar de ser ese profesor de historia de la filosofía que tanto le gustaba ser y decir que era. Javier tenía la posibilidad de procurar medios para ello, y su admiración y cariño por Jorge se añadían como motivación. Pudo incluso haber promovido la publicación de un cuarto libro de filosofía de Jorge Manzano –cuyo probable título sería *Buscando en la niebla*–, pero al parecer él lo dejó inconcluso.

De cualquier manera, cinco libros publicados en vida se antojan muy pocos cuando se tiene en cuenta el *daímon* de Jorge Manzano, cuando se repara en su permanente inquietud por la vida y en su concomitante creatividad. Pero quizás esto mismo pudiera servir como explicación. Jorge tenía muchos y muy diversos frentes de acción. Era profesor en dos universidades, director de una revista, organizador y coordinador de un ciclo anual de conferencias, chamán en talleres y cursos de diversa naturaleza, conferencista en foros o congresos de filosofía (me consta su participación en varios) y de otras temáticas de su interés (el diálogo interreligioso, por ejemplo), sacerdote jesuita (aunque confieso que en esta faceta lo conocí menos) y algunas otras cosas que también somos a veces los demás. A alguien que a todo lo anterior es capaz de añadir la concepción y puesta en marcha de una obra de teatro, *El eterno retorno*, creo que no puede reprochársele que no haga una prioridad de la publicación de libros de su autoría. Jorge Manzano podía ser el más riguroso académico, pero de la manera más natural no era ni quería ser sólo eso; tenía mucho más brillo, era infinitamente más versátil, y a su propia versatilidad tampoco podía verla desarticulada de lo primero.

En uno de los libros de Jorge, su *Nietzsche. Detective de bajos fondos*, tuve algo que ver. Se conjugaron algunos factores; que antes Jorge me había dirigido una tesis de licenciatura sobre Nietzsche, que él y yo ya nos llevábamos bastante bien y precisamente que Javier Prado confió en que yo podía entrevistar a Jorge Manzano. Desde que Javier me hizo la propuesta, me puse a garabatear preguntas para cuando llegara el día. Era muy joven en ese tiempo y por lo mismo me asustaba más la idea de entrevistar a Jorge de lo que quizás me hubiera asustado ahora. Y de pronto se me ocurrió que sería mejor preguntarle a él qué quería que le preguntara, que entre los dos preparáramos su propia

entrevista. Esta ocurrencia alivió mi tensión al menos un tiempo. Le llamé y le propuse que nos viéramos únicamente para eso. Quedamos una tarde, me parece que de sábado, en la entonces sede del Instituto Libre de Filosofía y Ciencias (ILFC), donde Jorge tenía su oficina. Toqué a su puerta y desde que me abrió me di cuenta de que él se encontraba ya en una atmósfera distendida, y al poco tiempo nos estábamos tomando unos tequilas como si nada fuera a ocurrir. En algún momento pude recordar mi encomienda y le pregunté si le parecía que nos pusiéramos a ver lo de las posibles preguntas para su entrevista. Fue cuando vino su contrapropuesta.... “¿Y si hacemos la entrevista de una vez?”, e inmediatamente acercó su vieja grabadora –no sé si siempre fue la misma- a la mesa en la que nos hallábamos sentados. Por lo que sea, y muy probablemente porque el tequila hacía lo propio, no pude decirle que no. De todos modos él quiso tranquilizarme con la promesa de que, aunque fuéramos a improvisar, podríamos depurar después lo que hubiéramos hecho. Y así fue; la entrevista de su libro sobre Nietzsche, si bien supuso un trabajo de edición en el que se añadieron citas y algunas otras cosas, conserva en esencia la espontaneidad de la charla mantenida en aquella probable tarde de sábado que sin duda fue convirtiéndose en noche.

Nietzsche más de una vez rondó nuestra amistad. Y sin embargo, yo nunca fui estudiante ni profesor adjunto en los cursos que Jorge impartió sobre este filósofo, como sí lo fui en algún otro de sus seminarios de autor. Cuando le pedí que dirigiera mi tesis de licenciatura, Jorge Manzano aún no había impartido “Nietzsche” y no recuerdo si siquiera había comenzado a preparar el curso. Lo único que sé es que no lo escogí como director de tesis porque tuviera alguna idea del “Nietzsche” caro para Jorge Manzano, sino sólo porque era él. Después de la tesis y antes de la entrevista para su libro, Jorge me invitó también a participar en un panel sobre Nietzsche junto con él mismo y el Dr. Alfonso Ibáñez, otro amigo y profesor del Instituto Libre de Filosofía que también había sido sinodal en mi examen profesional. Esta fue la primera vez que hablé ante un auditorio. Supongo que cuando mucho tenía unos veintidós o veintitrés años, y si no me equivoco lo hice en el marco de uno de esos ciclos de conferencias, éste sobre el filósofo alemán, que Jorge organizaba en Casa Loyola –con alguna conferencia también en el ITESO. Ahora ya

no me parece tan casual que esta primera experiencia de exponer ante un público haya sido por impulso de Jorge y con el pretexto de Nietzsche. Lo segundo creo que ha sido un *sino* peculiar a nuestra amistad; lo primero, felizmente no. Tan solo este año, en el ciclo de Filosofía en el Fondo dedicado a Kierkegaard, he visto desfilar a más de un joven expositor de la Sociedad Académica Kierkegaard –fundada también alrededor de Jorge- que me ha recordado aquella primera exposición de Casa Loyola. Jorge Manzano siempre tuvo confianza en los jóvenes; una confianza mucho más fuerte que cualquier preocupación por su propio prestigio. Y era correspondido con respeto y cariño. No fue nada fortuito que el día de la misa en su honor en el ITESO a los pocos días de haber fallecido, hubiera muchos de estos jóvenes. Estaban allí sólo porque querían estar, y estoy seguro de que algunos de ellos apenas habían tenido tiempo de conocer a Jorge.

Nuestra última aventura nietzscheana me permitió reconocer un rasgo de su personalidad bastante evidente; tan evidente que no sé cómo no lo vi más claro antes. Un excelente filósofo español que ambos habíamos conocido en Guadalajara, el Dr. Julio Quesada Martín, nos invitó a participar en un congreso sobre Nietzsche en la ciudad de Xalapa. Julio era uno de los principales instigadores del congreso, y como académico de la Universidad Autónoma de Madrid había hecho de enlace con toda la comitiva española – *la crema y nata* de la investigación nietzscheana en la península ibérica- que se encontraba en la ciudad veracruzana. En el congreso participaba asimismo el italiano Giuliano Campioni, discípulo de Giorgio Colli y continuador de su trabajo; supongo que gracias también a la intervención de Quesada. Jorge Manzano y yo preparamos, cada uno por su cuenta, nuestra respectiva ponencia. Y cada uno por su cuenta llegó a la ciudad de Xalapa a tiempo para la inauguración del “Congreso internacional Nietzsche, ¿ha muerto?” El congreso duraría una semana, y por supuesto habíamos quedado de encontrarnos allí. Yo me hospedé, gracias a la gentileza de los organizadores del congreso, en el hotel en el que también se hospedaban los demás conferencistas. Jorge pudo haberse hospedado también aquí, pero optó por hospedarse en una comunidad jesuita de Xalapa. A él no lo conocían los demás expositores del congreso ni la gran mayoría de los asistentes en calidad de público; a mí, mucho menos todavía. De todos modos los dos

tuvimos la suerte de presentar nuestras respectivas ponencias desde el Teatro del Estado, sede principal del congreso, ante un nutrido público de estudiantes, profesores y prestigiados conferencistas. Jorge Manzano presentó el libreto de su proyecto teatral *El eterno retorno*, y yo algo sobre los criterios con los que Nietzsche discriminaba entre perspectivas de conocimiento. Desde luego estuve presente cuando él expuso, y Jorge también estuvo el día que me tocó a mí exponer. Creo que ese día me cuidó, porque solía plantear preguntas no siempre tan fáciles a los expositores y en esa ocasión hizo sólo un comentario que de ninguna manera me incomodó. En general a ambos nos fue bastante bien con nuestras respectivas ponencias.

En aquella aventura de Xalapa, durante una semana vi a Jorge de una manera en la que no lo había visto antes. Él estaba fuera de aquellos círculos en los cuales gozaba de reconocimiento. No era allí el jesuita y filósofo admirado por todos. Me atrevo a decir que era casi tan desconocido como yo. Para empezar, nadie sabía que era sacerdote jesuita, y me parece que al terminar el congreso tanto los demás conferencistas como casi todo el público seguían sin saberlo. Por otro lado, tampoco su nombre figuraba entre los cuatro o cinco que destacaban los diferentes medios a cargo de la difusión y cobertura del evento. Cada mañana nos encontrábamos en la sede del congreso y nos acompañábamos la mayor parte del día. También nos sentábamos juntos en la mayoría de las conferencias como si fuéramos colegas o estudiantes procedentes de la misma universidad. Colegas de alguna manera éramos, pero desde luego que no con la misma trayectoria; Jorge era mi maestro, aunque esto para los demás pasara por alto y él no se comportara allí como tal. En la semana que duró el congreso, mientras que yo me hice más de una pinta para conocer mejor la ciudad de Xalapa y sus alrededores (por ejemplo, el maravilloso pueblo cafetalero de Coatepec), Jorge Manzano estuvo asistiendo mañana y tarde a cuanta ponencia y mesa de trabajo tenía lugar. Lo de menos es que esto hablara en favor de su autodisciplina; lo de más es que con ello Jorge mostraba un sincero interés por lo que otros pudieran decir; como si todavía creyera que podía aprender, en este caso acerca de Nietzsche, de académicos procedentes de contextos universitarios muy diferentes al suyo,

e incluso de las visiones más alejadas a su propia perspectiva. Me queda muy claro que éste es un signo más del aspecto de su personalidad que no sé por qué tardé en advertir.

Podría decir que Jorge Manzano tenía la curiosidad y el valor suficientes para salir de zonas de confort, pero esto sería bastante inexacto, y lo sería porque más bien él parecía no tener zonas de confort; en efecto, no era para nada evidente que Jorge tuviera arraigo a, o preferencias arbitrarias por, algún grupo específico; tal vez para poder “hacerse uno con todos”, como lo sugiere en “La ballena de Jonás”, el bello y breve escrito autobiográfico que en 2007 presentó para el Encuentro de las Religiones del Mundo. Creo que la expresión “hacerse uno con todos”, tratándose de Jorge, estaba muy lejos de ser retórica. Es cierto que Jorge Manzano nunca hacía sentir a nadie como distinto a él. Podía tener cualquier edad, cualquier sexo, cualquier clase social, cualquier profesión u ocupación, cualquier religión o ausencia de ella. Propiciaba una relación con otros en la que éstos nunca se sentían ni radicalmente otros ni mucho menos inferiores a él –por más admiración que le profesaran. Quienes lo conocieron, saben que trataba con personas y grupos bastante diversos entre sí y que todos se creían con algún legítimo derecho a reclamarlo como uno de los suyos. En este sentido también me llama la atención que nunca lo vi enojado con alguien ni lo escuché expresarse mal de nadie en particular. Lo cual, por supuesto, no significa que le gustara todo, sino sólo que, al parecer, rehusaba todo amago de encasillar y condenar a las personas mismas. En más de veinte años, no deja de ser extraño que no se le haya escapado algo en este tono. Aún no sé cómo algo así puede terminar de explicarse, pero me queda una sensación de enigma de la más alta importancia. Y ahora recuerdo también que cuando le pregunté a Jorge, al final de aquella entrevista sobre Nietzsche, por los motivos que lo llevaron a confesar alguna vez que este filósofo era su preferido, me contestó que relativizaba mucho su respuesta, pues lo mismo habría dicho de Platón o de Spinoza si en ese momento hubiera estado impartiendo el curso sobre alguno de ellos. Jorge Manzano era congruente y muy “ágil en el hacerse uno con todos”.

Yo tenía dieciocho o diecinueve años la primera vez que me dirigí a Jorge de manera personal. Aunque apenas comenzaba a tomar mi primer curso con él, Sergio Díaz,



otro amigo en común y uno de los principales culpables de mi vocación filosófica, me había dado ya significativas referencias suyas. Los grupos de Jorge Manzano siempre fueron bastante grandes, por lo que supongo que cuando mucho él me reconocía como estudiante de alguno de ellos. Lo abordé, no sé si en el tiempo de receso o al salir de alguna de sus clases, afuera de la otra sede del ILFC –en la calle reforma-, y de buenas a primeras le dije simplemente que yo quería aprender más. Jorge primero me miró desconcertado (como quizás yo también lo haría hoy si alguien se me acerca a decirme algo tan extravagante), y después me preguntó de qué quería aprender más; pues eso de “aprender más” siempre tenía que referirse a algo más específico: ¿Yo quería aprender más de Platón, de Aristóteles, más de filosofía, o de qué quería aprender más? Creo que me puse nervioso y balbuceé algo como “aprender de todo”. Aunque no lo recuerdo con exactitud, me queda la sensación de que, tras este exabrupto, nuestra conversación se desarrolló de la manera más fraternal. Y lo que ahora puedo saber es que al final me salí con la mía, pues con ese “querer aprender más” lo que yo intentaba decirle a Jorge – supongo que antes también lo sabía- era que me interesaba tenerlo como maestro de vida; no sólo de filosofía, pues en aquel tiempo yo tampoco veía diferencia alguna entre saber cómo vivir y saber de filosofía. Necesitaba con urgencia aprender a vivir con sabiduría –ahora entiendo mejor por qué-, y me acerqué nada menos que a Jorge para pedirle que me ayudara con eso.

Vi a Jorge por última vez en la comunidad jesuita de la calle tláhuac, donde vivió los últimos años, más o menos unos quince días antes del episodio de su caída y del resto de la historia. Esa noche hablamos de varias cosas, algunas más hilarantes que otras, acompañados de nuevo por más de un tequila. Me hizo una demostración de cómo podía caminar distancias cortas sin su bastón, y de este modo trajo el cenicero a la mesa en la que nos encontrábamos. Me fumé un cigarro raleigh con él. En algún momento, cosa extraña, porque nunca lo hacía –tal vez para no incomodarme-, preguntó con toda la solemnidad por mi tesis doctoral; como si fuera un pendiente de los dos y no sólo mío; o como si a él también le debiera algo en este sentido. Pudo saber que la había terminado y pudimos brindar por ello. Noté que se animó sinceramente. Después de unas horas de

charla sobre un tema en el que no estábamos del todo de acuerdo, me despedí y me detuve a ver cómo se adentraba con mucha lentitud en una oscuridad espesa; él solo, valiente, se disponía a atravesar el patio de su casa rumbo a su habitación. Yo tal vez supe que era la última vez. Él ya no pudo saber que le dediqué mi tesis.

En más o menos veinte años de amistad, probablemente sigo sin aprender a vivir con sabiduría, pero sé que aprendí mucho más que filosofía de Jorge Manzano. Y también sé que no hemos terminado. Intuyo que la más interesante obra de Jorge, su extraordinaria manera de estar en el mundo –la más extraordinaria que yo haya conocido–, no ha dicho todo lo que puede decir y que reserva páginas y registros enigmáticos para quienes aún busquen su inspiración. Yo sigo interesado en aprender a vivir con sabiduría; aunque por ahora sólo pueda decir que echo de menos contar con el que tantas veces se hizo uno conmigo.

Guadalajara  
Otoño de 2013